

026. La rebelión de los ángeles

Hay un hecho comprobado por la Sagrada Escritura y presente en la fe de los creyentes a lo largo de todos los siglos que no lo podemos negar: la existencia del mal en el mundo, y que tiene su origen en el espíritu caído, en el Maligno, como lo llamará Jesucristo.

Aparte de la fe cristiana, todas las religiones y todas las culturas de los otros pueblos han admitido siempre el mismo origen del mal que sufre la Humanidad entera.

Ante este hecho, aceptamos como una realidad incuestionable la existencia de los ángeles rebeldes.

El Catecismo de la Iglesia Católica (391-395) remarca la importancia grande de este punto de nuestra fe: la caída de esos ángeles, enemigos nuestros. ¿Cómo es que el hombre pecó ya en el paraíso? ¿Cómo es que existe tanto mal en el mundo, efecto de aquel pecado primero? ¿Cómo es que, a pesar de la Redención de Jesucristo, sigue una lucha tan encarnizada entre el bien y el mal?...

La respuesta la tenemos en un hecho que nos enseña la Iglesia y está revelado por Dios, o sea, la existencia de Satanás y los demonios, que instigaron al hombre a rebelarse contra Dios, y de este modo vinieron sobre el mundo todos los males que nos oprimen.

Si tomamos la Biblia, nos encontramos con Satanás en un montón de páginas. Pero, si queremos precisar cómo fue su caída, no encontramos ninguna relación expresa. Hemos de recoger en la Escritura muchas piecitas sueltas y recomponer con ellas el mosaico, que resulta impresionante.

Al crear Dios la multitud inmensa e incontable de los Angeles —bellísimos, inteligentísimos, potentísimos, amantísimos, santísimos, todo así, en superlativo—, se ven sometidos a una prueba. Dios les pide un acto de fe y de amor, rechazado por muchos de ellos.

¿En qué consistió su pecado? Recogemos esas piecitas del mosaico en la Biblia y en la enseñanza de los teólogos. Uno de los Angeles más grandes, el más grande quizá, al que hemos llamado Lucifer, se pregunta soberbio:

- *¿Dios?... ¿Y por qué no voy a ser yo como Dios?... ¿Por qué no puedo yo escalar su trono?... ¿Que ese Hombre-Dios que se nos muestra en lontananza, llamado Jesucristo, va a ser mi Señor, y que tengo yo que adorarle un día?... ¡Yo no me someto! ¡Yo no te sirvo!...*

Como una chispa corre entre los Angeles el grito de la rebelión. Una multitud de aquellos espíritus privilegiados va repitiendo el grito:

- *¡Nunca! ¡No te serviremos!...*

Pero en medio de la apostasía de muchos se alzó el grito de otro Angel:

- *¿Quién como Dios?*

Esto significa Mi-ca-el, Miguel: *¿Quién como nuestro Dios? ¡Que Dios te venza!...*

Una lucha gigantesca ante las puertas del Cielo entre el orgullo y la humildad, entre la obediencia y la rebeldía, entre el amor y el egoísmo.

Al chocar el pecado contra la santidad de Dios, se encienden las hogueras infernales, en las que se precipitan aquellos millones y millones de demonios, *creados buenos por Dios, pero que se hicieron malos a sí mismos*, y, como dice Pedro en su carta segunda, y que repite con las mismas palabras el apóstol San Judas:

- Dios no perdonó a los ángeles rebeldes, sino que amarrados con cadenas infernales los precipitó en el abismo tenebroso, donde son atormentados y tenidos como en reserva hasta el día del juicio (2Pedro 2,4. Judas 6)

Jesús dirá después en el Evangelio, haciendo alusión a esta primera caída:

- Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Lucas 10,18)

Y el Apocalipsis describirá la caída final, reflejo de lo que fue la caída primera:

- Se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y sus Angeles peleaban contra el dragón, y el dragón con sus ángeles lidiaban contra él. Y fue abatido aquel dragón descomunal, que se llamaba diablo y también Satanás (Apocalipsis 12,7-9)

Los más grandes poetas cristianos han descrito siempre la tragedia de Satanás y los demonios.

Dante, el italiano, dice que Lucifer, creado para el amor, *paga eternamente la pena de su pecado en el hielo eterno de la lejanía de Dios*. El fuego del infierno le mantiene en el hielo del desamor.

Milton, el inglés, le hace gritar dirigiéndose al Sol, que representa a Dios: *¡Adiós, esperanza! Sólo quedan temor e inútiles remordimientos. ¡Todo está perdido para mí!*

Lope de Vega, el español, oye al demonio lamentarse desesperado por su sentencia: *¡Que a vivir Dios me condena - eternamente como Él!...*

Esto es lo que la Biblia, la Iglesia y la creencia de los fieles nos dicen de los ángeles caídos, de esos espíritus perversos que siguen actuando en el mundo para llevarnos a su misma condenación.

Pero frente a ellos se alza Jesucristo, el triunfador de Satán, que nos da la victoria. Lo raro es, lo increíble y preocupante, que haya tantos haciendo el juego al demonio con el espiritismo. Y lo más trágico de hoy, que se hayan creado iglesias satánicas, en las que se rinde culto a los demonios. ¿Es posible esto? ¡Que no se meta en nuestros pueblos semejante aberración y un pecado tan tremendo!

Nosotros vamos repitiendo con una antigua canción: *Si ruge el infierno, si brama Satán, la fe en Jesucristo, nos ha de salvar.*